
Teatro

“Los hijos de Kennedy”



o el fin de la ilusión

Si el «sueño americano» se convirtió en pesadilla en un solo momento histórico, fue tras los balazos que acabaron con la vida del presidente Kennedy. Ahí murió toda una época, quedando en el aire las ilusiones de miles de personas. Un grupo representativo de ellas es recogido por Robert Patrick en su obra «Los hijos de Kennedy», a la que pertenece esta imagen.

Eduardo Haro Tecglen

LA entelequía a la que se ha venido llamando «el sueño americano» —**american dream**— era real desde el momento en que podía habitar en la mente y en la inspiración de vida de unos millones de personas durante casi doscientos años. Pero en el fondo no era más que la repetición de un viejo y constante mito que aparece, cuando puede, en todos los pueblos: el del advenimiento de una edad de oro. «Bendita edad y siglos aquellos a los que los antiguos dieron el nombre de dorados...», escribía Cervantes, remitiendo al pasado algo perdido y no vuelto a encontrar, comparándolo con la realidad de una España áspera y dura como era la de entonces —como había sido, como

seguiría y sigue siéndolo—: en los Estados Unidos, el sueño de la edad de oro comenzaría a cumplirse con los principios de la declaración de la independencia. El primer documento donde, tras siglos de pesimismo judeo-cristiano —valle de lágrimas— se declaraba la aspiración del hombre a la felicidad.

Ciertamente, que para mantener esa postura enteramente era preciso sufrir una especie de escotoma psicológico que impidiese ver una realidad circundante. La verdad tópica: la de la extensión del imperio a costa de los pobladores originales, la de la esclavitud —y la post-esclavitud llamada segregación—, la de la opresión de otros pueblos y la negación para los demás de la felicidad propuesta. Y de la igualdad, la fraternidad. No era en esto distinto ese gran país de cualquier otro que haya tenido el cetro imperial. Sólo que sus habitantes no lo sabían.

Comenzaron seriamente a enterarse tras los balazos que acabaron con la vida del presidente Kennedy. Si el sueño americano se convirtió en pesadilla en un solo momento histórico, fue precisamente ése. Y las circunstancias que le siguieron. La muerte de Kennedy tuvo el valor de un golpe de Estado de una técnica nueva: suponía la ascensión automática, legal, del vicepresidente, que de alguna manera contaba mucho para los autores del atentado, del golpe de Estado. Con la muerte de Kennedy acabó el sueño, aun los de que lo habían podido mantener durante la época del senador MacCarthy. Y los que no habían sabido ver dónde estaban siendo conducidos por una forma voraz, cancerosa, del capitalismo. Los **hijos de Kennedy** están ahora destrozados. Son unos residuos casi patológicos. En los mil días en que existió como presidente, Kennedy pudo dar una idea de la resurrección del sueño americano. «Erase una vez una década fabulosa: la de los años sesenta», escribe **Robert Patrick**, autor de la obra que se representa estos días en Madrid. «Una explosión de vida y juventud. Cantidad de gente joven con ideas sólidas por las que luchar. Con necesidad de afirmación. Con fe. Pero algo cambió: de pronto me di cuenta de que toda esa gente a la que yo había conocido y tratado se estaba echando a perder. Habían sido valientes y ambiciosos y, ahora, de repente, se estaban convirtiendo en algo estático, sin vida... Noté, con alarma, que cuando quería encontrarme con alguno de ellos tenía que ir a un bar. Los bares, dicho sea de paso, habían sido durante años la antítesis de nuestra forma de vida.

«... Ahora mis amigos estaban en los bares, sentados, dejándose morir lentamente ante un vaso de cualquier cosa. Y ahí surgió mi función: éstos son los hijos de Kennedy, antihéroes de una época dramática», escribe Robert Patrick en su nota de introducción a la obra que se está representando ahora en Madrid y de la que vemos un momento.

Pero ahora mis amigos estaban allí, sentados, dejándose morir lentamente ante un vaso de cualquier cosa. Y ahí surgió mi función: éstos son los hijos de Kennedy, antihéroes de una época dramática».

Los simboliza en cinco personas. Una solterona católica y pudorosa, que tuvo uno de esos amores invisibles con el mito Kennedy, y que en la obra solamente habla de él: diríamos que es la voz con que el autor señala la presencia continua de Kennedy en la vida de los demás. Un actor que quiso hacer un gran teatro «underground» y que termina siendo una «loca» de bar y cabaret; la chica que quiso ser Marilyn Monroe; la muchacha que siguió el trazo de los hippies. Y el ex combatiente de la guerra del Vietnam, paranoico y místico. Cinco arquetipos. Cinco muestras de lo que pudo haber sido y no fue nunca.

Pero ¿podía haber sido? Estamos mitificando a Kennedy, y está naciendo una nueva leyenda de Pericles en torno a este intelectual millonario que tuvo una especie de visión profética de lo que podría ser el mundo. La realidad es que Kennedy dio una versión distinta de las posibilidades imperiales de los Estados Unidos, y que esa versión fue amable. No tanto como para olvidar que durante sus mil días se inició la guerra del Vietnam, se produjo un desembarco en Cuba y estalló la crisis del Caribe, que



tuvo al mundo al borde de la guerra; no tanto como para olvidar que hubo una fuerte crisis en las fronteras alemanas y que se proclamó berlinés —«Ich bin ein berliner»—, junto al entonces guerrero frío Willy Brandt.

Los imperios terminan siendo una fuerza del destino. Terminan siéndolo para quienes lo ejercen: están obligados a seguir con su carga, aun cuando esta carga termine por hacerse demasiado pesada. El hecho de que los Estados Unidos nacieran como un contraimperio —la lucha contra la Gran Bretaña— no les privó de una simetría con aquello que derribaban, como en la tragedia griega el antagonista es simétrico al protagonista y cuando acaba con él recibe la herencia de aquel destino, asume su personalidad. Los Estados Unidos hicieron primero un imperio doméstico, sustituyendo la explotación que les venía del exterior por una explotación que sus grandes dueños ejercían sobre el interior. Como la Atenas de la era dorada de Pericles. Kennedy fue quizá un Pericles de la era moderna, y algunos de sus discursos podrían compararse con el famoso discurso fúnebre de Pericles. Pero bajo el imperio ateniense, cientos de miles de personas estaban siendo explotadas para que continuasen adelante la situación imperial. La obligatoriedad del Imperio se produce cuando toda una economía, todo un nivel de vida, se está basando en los tres puntos fundamentales de la colonización: mano de obra barata, materias primas a bajo precio y puntos militares para defender esa situación. En los años de Kennedy, el imperio se había extendido ya hasta Europa, como consecuencia de las expediciones anteriores —las dos gue-

rras mundiales—, y prácticamente a todo el mundo; el otro llamado imperio, el soviético, estaba mediatizado con la presión imperial de Estados Unidos. ¿Cómo abandonar ese imperio sin un detrimento serio de ese nivel de vida del ciudadano de pleno derecho, del agente imperial? Kennedy no dio ninguna respuesta seriamente positiva a esta cuestión. Intentó cambiar de rostro, cambiar de imagen imperial. En lugar de la política del «gran bastón» —**big stick**— de sus antecesores, intentó oponer la de la compra de voluntades. No buscaba situar al frente de los países oprimidos a un tirano, como era hasta entonces la trágica costumbre —fracasada una y otra vez—, sino que a los revolucionarismos que veía venir intentaba oponer unas formas de vida más suaves. Quiso hacer un imperialismo demócrata. Quiso combatir al comunismo —al revolucionarismo— regando dólares. Eso quiso ser, en América Latina, la «Alianza por el Progreso»: estaba boicoteada desde dentro y desde fuera, y no pudo dar resultado. Pero comenzaba a ser peligrosa para quienes, desde las fortalezas del gran capital, creían que la fuerza seguía siendo la principal baza del país más fuerte del mundo.

Kennedy no intentó acabar con el imperio, pero el imperio acabó con él. Y con su obra. Políticamente, es fácil disentir con Robert Patrick, que es también uno de los «hijos de Kennedy» que retrata en esta obra. El underground o el movimiento hippy, aun siendo de un gran interés social, no eran las fuerzas renovadoras que necesitaba el país. Pero es indudable que al nivel de la tragedia personal y de la tragedia de una nación, estos arquetipos sintieron en sí mismos la puñalada de muerte que se daba al «american dream». Otras fuerzas había en el país —y las hay— que no han creído nunca en el ensueño. Eran más positivas. Pero, finalmente, su destino fue el mismo: la frustración.

* * *

Algunas notas a la representación española (Madrid, Teatro Bellas Artes: director, Angel García Moreno; intérpretes, María Luisa Merlo, Pedro Civera, Marisa de Leza, Francisco Valladares, Gemma Cuervo. Versión española de José María Pou). La caracterización de los personajes es demasiado evidente. Se acentúa. Quizá para hacer más asequible al público español lo que para el de Estados Unidos es muy sabido. Lamentablemente, esto lleva a efectos caricaturescos, como los del actor invertido o la falsa Marilyn. La traducción tiene a veces demasiados barbarismos. Y los actores exageran. A pesar de todo, la fuerza textual de la obra y su contenido sobreviven. Tienen mucha fuerza. ■ E. H. T. (Fotos: Manuel Martínez Muñoz).

